

Rodrigo Díaz Maldonado

*Manuel Orozco y Berra
o la historia como reconciliación
de los opuestos*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

96 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 10)

ISBN 978-607-02-0849-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/manuel/orozco.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

La historia narrada por Orozco y Berra

La estructura general

En el capítulo anterior quedó señalado que la explicación por argumentación formal que Orozco y Berra dio a su historia fue esencialmente organicista. Esta argumentación se presentó de manera más o menos explícita a lo largo de los dos primeros tomos de la obra, pero prácticamente se desvanece en los dos restantes. Este hecho nos indica no sólo un evidente cambio en la estructura de la obra sino también el paso de una explicación argumentativa a una narrativa. De acuerdo con Hayden White, el modo de articulación que por afinidad corresponde al organicismo dentro de la explicación por la trama es la comedia. En mi opinión, en el caso de Orozco, la afinidad se cumple plenamente, pues este autor estructuró la parte narrativa de su obra como una comedia primero, que después se transforma en tragicomedia. Pero hay que avanzar poco a poco.

Antes de que dé principio la sección propiamente narrativa de la obra de Orozco y Berra, encontramos cuatro capítulos dedicados, dos y dos, a los mayas y a los tarascos, respectivamente. Estos capítulos conforman el libro I de la tercera parte, titulada simplemente "Historia antigua", localizada al final del tomo II y presentada por Orozco como un proceso relativamente homogéneo que culmina con la conquista. Digo que son el prelude de la parte narrativa porque constituyen microhistorias de las regiones de Yucatán y Michoacán, claramente separadas de la historia de los pueblos del valle de Anáhuac y de las zonas colindantes. Con ellos se cierra definitivamente la parte preparatoria, encaminada a la formulación de un panorama general de todos, o casi todos, los pueblos prehispánicos, pero es necesario distinguirlos del resto de la obra por tratarse de unidades en sí mismos. Para aclarar este punto basta un ejemplo: en el tomo primero, Orozco habló de las costumbres, la cultura y la religión

de los pueblos de filiación nahoa, particularmente de los aztecas, pero la narración de los hechos políticos, de las conquistas y migraciones, de la sucesión de los gobernantes y de todo aquello que Orozco entiende como propiamente histórico, en virtud de que fue registrado cronológicamente por la escritura, no se presenta sino hasta el tomo tercero. De esta forma “historia cultural” e “historia política” aparecen como dos campos enteramente diversos, de los cuales sólo el segundo es susceptible de ser narrado. En este sentido es muy revelador el hecho de que el capítulo dedicado a las épocas más remotas de la familia nahoa, cuando no existía la escritura, lleve el título de “Tiempos oscuros. Pueblos sin historia”.¹

Ahora bien, a lo largo de los cuatro capítulos preparatorios mencionados más arriba, Orozco acumuló absolutamente todo aquello que pudo consultar sobre mayas y tarascos (cultura, costumbres, historia, etcétera). Lo poco que se sabía en tiempos de Orozco sobre estas culturas le impidió superar el nivel de la mera crónica, pese a que su exhaustiva labor le permitió recoger un gran número de detalles. La historia se presenta como una sucesión de dinastías y guerras aparentemente inexplicable, sobre todo en el caso de la cultura maya. Sin embargo, es el propio Orozco quien reconoce este defecto:

Esta narración descarnada sólo deja entrever empeñadas guerras, desastrosos conflictos, sin atinarse a entender cuáles eran los elementos sociales que entre sí se combatían. Los monumentos dicen estar para entonces [c. 527 d. C.] muy adelantada la civilización; ya se levantaban las grandes ciudades, aparecían los lindos monumentos, primor de arquitectura, lo cual dimanaba del concurso de las artes y las ciencias.²

Pese a que Orozco en esta parte no puede formular una trama, pues hasta los personajes se le presentan demasiado desdibujados, sigue manteniendo la idea del progreso de la civilización, acompañada de la existencia de “cierto elemento asiático”. Ambos factores son cuantificables gracias a los restos arqueológicos, pero mientras

¹ Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 v., estudio previo de Ángel María Garibay K. y biografía y bibliografía del autor por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1960, t. III, p. 9.

² *Ibidem*, t. II, p. 429.

que el progreso en el camino de la civilización será una constante a lo largo de toda la obra, y de hecho influirá en la construcción de la trama de las partes narrativas, el “elemento asiático” (que para este momento debe entenderse como una reminiscencia de la teoría difusionista) se desvanecerá por completo bajo el peso de la narración. Cuando a una crónica no se le puede dar la forma de un relato, prevalecerá forzosamente una explicación argumentativa. Más o menos lo mismo ocurre cuando Orozco trata a los tarascos.

Para cerrar la parte dedicada a los mayas, que tan sólo ocupa cuarenta y tres de las más de dos mil páginas del total de la obra, Orozco afirma lacónicamente: “Esto conocemos de los mayas, pueblo antiquísimo, de civilización singular y muy adelantada en su origen, que cumplió una misteriosa evolución para venir en seguida a retroceder al contacto de las costumbres nahoas”.³ Más adelante veremos la importancia de esta idea de adelanto y retroceso dentro de la construcción que hace Orozco de la trama.

En los capítulos II y III del tercer tomo, dedicados a los toltecas, aparece por primera vez una narración, en el sentido de que se supera la crónica y la mera organización secuencial del relato. Sin embargo, no se trata de la narración que se desarrolla como un conjunto total de acontecimientos y que ve su final cuando termina la obra. Es, todavía, un paso intermedio, pues los acontecimientos narrados no tienen una relación necesaria con las partes subsecuentes. Con el apoyo de las fuentes, Orozco va contando la historia de los toltecas, siguiendo un riguroso orden cronológico. Pero, a diferencia de los capítulos anteriores, ahora es posible encontrar personajes aislados y una trama incipiente.

Los pormenores de la cruenta guerra que devastó al imperio tolteca adquieren bajo la pluma de Orozco todo el sabor de una epopeya homérica: valerosos y esforzados guerreros combaten por el honor de la patria, puesto en entredicho por el rapto (más o menos voluntario) de la bella Xóchitl-Helena. Así, por medio de la narración, Orozco transformó, para sus lectores y para él mismo, lo no-familiar en familiar. Lo que nos es ajeno, el relato casi mítico de una guerra de otra cultura, adquiere la forma conocida de un mito de nuestra cultura:

³ *Ibidem*, t. II, p. 454.

Acercábase el triunfante enemigo, y Topilitzin, para salvar la prosapia real, hizo salir de la ciudad a sus criados más fieles, encargados de ocultar en las montañas de Toluca a sus dos hijos Póchtli y Xilotzin. Cumplido el piadoso deber fue preciso menear las manos, porque el contrario estaba delante de los muros de Tultitlan. Acudió a la defensa toda la nobleza, el anciano Tecpancaltzin tomó las armas, siguiendo su ejemplo la hermosa Xóchitl, causa tal vez de aquella guerra: defendiéronse los sitiados por cincuenta días, hasta que no pudieron más, los destrozados restos huyeron en tropel a Tollan.⁴

Inmediatamente después de los toltecas, comienza la narración que será continua, aunque plagada de digresiones hasta el final de la obra. Se trata ahora de los principales protagonistas de la obra de Orozco, los mexica. La historia arranca a partir de sus emigraciones y continúa contando sus triunfos y derrotas, las hazañas de sus reyes, sus diversos asentamientos, el estado de los pueblos que los rodeaban, etcétera. Es gracias a los materiales, principalmente los códices, que esta historia es narrable, contrastando con las partes anteriores, calificadas de oscuras o ahistóricas. Ciertamente notables son las primeras palabras del capítulo: “Aparece la luz. Vamos a entrar en el periodo verdaderamente histórico; pinturas, relaciones, historias de propios y extraños abundan en diversas lenguas, quedando la dificultad no tanto en reunir los materiales cuanto en entenderlos y coordinarlos”⁵

Antes de continuar es necesario distinguir la existencia de dos secciones separadas dentro de la narración. La primera contiene los hechos desde las primeras emigraciones hasta la llegada de los españoles, en el reinado de Moctezuma II. Con el objeto de dar una visión de conjunto,⁶ Orozco y Berra introduce en esta parte largas digresiones para hablar de los otros pueblos (como los chichimecas) que a la larga conformaron la peculiar organización social y política del imperio mexica. La segunda sección trata de la conquista. Están

⁴ *Ibidem*, t. III, p. 54.

⁵ *Ibidem*, t. III, p. 57.

⁶ Ciertamente, Orozco pretende contar la historia de todos los pueblos del valle de Anáhuac y regiones colindantes, pero resulta obvio que dedica la mayor parte de su atención a los mexicas y texcocanos (chichimecas), por ser estos pueblos los principales protagonistas de las partes siguientes. Cuando habla de ellos, es posible encontrar una trama y la caracterización individual de los personajes. Con el resto de los pueblos, protagonistas marginales o circunstanciales, se limita a realizar una crónica de genealogías, alianzas y guerras.

separadas no porque pueda encontrarse una ruptura entre ambas —hay que recordar que se trata de una misma narración— sino porque la trama de cada una contiene una explicación distinta. Mejor dicho, la misma trama se modifica gradualmente para dar explicaciones parciales de las distintas partes de un proceso único.

Más arriba dije que Orozco tramó la parte narrativa de su obra como una comedia. ¿Pero qué caracteriza a una trama cómica? ¿Orozco en realidad narró una comedia? De acuerdo con Hayden White, una trama cómica se presenta por lo general de la siguiente forma:

Comedia y tragedia [a diferencia de la sátira] sugieren la posibilidad de una liberación al menos parcial de la condición de caída y un escape siquiera provisional del estado dividido en que los hombres se encuentran en este mundo. Pero esas victorias provisionales son entendidas de distinta manera en los arquetipos míticos de los que las tramas de la comedia y la tragedia son formas sublimadas. En la comedia se mantiene la esperanza de un triunfo provisional del hombre sobre el mundo por medio de la perspectiva de ocasionales *reconciliaciones* de las fuerzas en juego en los mundos social y natural. Tales reconciliaciones están simbolizadas en las ocasiones festivas que el escritor cómico tradicionalmente utiliza para terminar sus dramáticos relatos de cambio y transformación [...]. Las reconciliaciones que ocurren al final de la comedia son reconciliaciones de hombres con hombres, de hombres con su mundo y su sociedad; la condición de la sociedad es representada como más pura, más sana y más saludable como resultado del conflicto entre los elementos al parecer inalterablemente opuestos del mundo; se revela que esos elementos son, a la larga, armonizables entre sí, unificados, acordes consigo mismos y con los otros.⁷

Orozco y Berra cumplió, si así puede decirse, con la mayor parte de las características arriba mencionadas, pero con un matiz propio. En un principio, las fuerzas contrarias que se enfrentan en su obra, para reconciliarse y después luchar de nuevo, no pueden ser más claras. Se trata del Bien, representado por la civilización, en perpetua pero triunfal batalla contra el Mal, o la barbarie. La marcha

⁷ Hayden White, *Metahistoria*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 20.

civilizatoria no se detiene, pues constituye un designio divino, y a su paso barre con todos los obstáculos, aunque como todo designio divino digno de tal nombre recorra caminos misteriosos. En pocas palabras, éste es el significado de la trama, por lo menos en su primera etapa, de la obra de Orozco. Los elementos de barbarie, pese a la violencia, son absorbidos o integrados por lo civilizado. La dicotomía se observa nítidamente conforme Orozco cuenta cómo los bárbaros chichimecas se civilizan gracias al contacto con los derrotados, pero adelantados, toltecas. En este sentido, la guerra deja de ser una forma (generalmente abusiva) en que los hombres resuelven sus desavenencias, para convertirse en una alegoría de la lucha de los opuestos. Los ejemplos son casi innumerables. A continuación se citan los más sobresalientes y explícitos:

la certeza de ser el nuevo rey [se refiere a Quinatzin, cuarto señor chichimeca de Texcoco, que asumió el poder en c. 1298] partidario de los usos nahoa[s], alborotó a los bárbaros apegados todavía a la vida nómada; de aquí que la mayor parte de los señoríos se pusieran en rebelión, buscando su natural independencia. *Se empeñaba la lucha entre los elementos salvaje y civilizador.*⁸

Unas páginas más adelante, Orozco escribe: “Estas batallas decidieron de la suerte [sic] de Texcoco; las provincias reveladas sufrieron tremendo castigo, quedando después sujetas a Quinatzin. El elemento civilizador se sobreponía definitivamente al bárbaro, al salir vencedor de aquella terrible prueba”.⁹ Por los ejemplos no debe pensarse que estas afirmaciones se limitan a las guerras de los chichimecas:

Al siguiente, II *calli* 1325, Iztamanzin, gran sacerdote de Cholollan, vino a Culhuacan a pedir socorro a su rey contra algunos pueblos comarcanos de la ciudad santa; dioselo numeroso el culhua, *pues aquella guerra asumía el mismo carácter de las de su tiempo*, la reacción de los bárbaros contra la civilización.¹⁰

⁸ Manuel Orozco, *op. cit.*, t. III, p. 105. Las cursivas son mías.

⁹ *Ibidem*, t. III, p. 109.

¹⁰ *Ibidem*, t. III, p. 113. Las cursivas son mías. Otros ejemplos pueden ser leídos en las páginas 108 y 114-116, del mismo tomo.

Tampoco sería correcto creer que la forma de la trama que aquí se presenta es extraída exclusivamente de frases como las anteriores, que tienen que ver más con la parte argumentativa de la explicación. No, los acontecimientos, aunque Orozco no lo diga abiertamente, están tramados para representar el conflicto entre civilización y barbarie. Las guerras nunca son provocadas por el elemento civilizado, sino que son el resultado de una artera agresión de los salvajes: la Civilización sólo ataca en defensa propia, y la justicia de su causa es garantía de la victoria. A lo largo de toda la obra será muy patente el deseo de Orozco de “moralizar” sobre los acontecimientos relatados, pues por lo general el mal y la barbarie (incluso de parte de los españoles) siempre son castigados.¹¹ Y, por supuesto, no pueden faltar las ocasiones festivas después del triunfo, tras terrible enfrentamiento:

La guerra duró un año, con varia fortuna de los contendientes, siendo verdad haber muerto millares de guerreros, sufriendo las poblaciones todo linaje de males en saqueos e incendios. Tras obstinada resistencia del enemigo salieron victoriosas las tropas de Quinatzin, las cuales cargadas de despojos vinieron a Texcoco a recibir el premio de su valor, en medio de fiestas y regocijos. Las provincias rebeldes quedaron quebrantadas y más sujetas al yugo que pretendieron sacudir: el principio de unidad representado por el poder real salió triunfante en su primera prueba. Esta guerra [...] denominada la gran guerra chichimeca, dio por resultado algunos años de paz.¹²

Mas, como vemos, ésta es tan sólo una reconciliación parcial. Sin embargo, conforme avanza la historia, la civilización va ganando terreno.¹³ Así es como el progreso se manifiesta en la obra de

¹¹ Por ejemplo, la avaricia de Diego Velázquez recibe la desobediencia de Cortés y con esto la pérdida de todos sus posibles beneficios (t. IV, p. 126). Los “excesos” de los españoles durante su primera estancia en Tenochtitlan fueron castigados con la pérdida de la inicial condición de divinidades; y la matanza del Templo Mayor con la “noche triste” (*Vid. infra*, nota 47), etcétera.

¹² *Ibidem*, t. III, p. 116.

¹³ El triunfo de la civilización es, para Orozco, un designio divino y, por lo tanto, universal. Manifestándose principalmente en las costumbres, la lengua y la forma de gobierno: “Los chichimeca habían perdido su nombre nacional, sus costumbres se trocaron por las de los pueblos cultos; ahora quedaba proscrita el habla primitiva, cambiándola por la de los pueblos sojuzgados. La barbarie estaba vencida al efectuarse aquellas transformaciones: idéntico fenómeno tuvo lugar donde quiera que los bárbaros se pusieron en contacto con pueblos más

Orozco. Posteriormente, cuando la civilización ha triunfado sobre la mayoría de sus oponentes, la guerra deja de ser alegórica y se transforma en la lucha terrenal por los intereses y el predominio entre los diversos elementos civilizados, presentación que conservará hasta la llegada de lo que para Orozco fue el gran enfrentamiento: la conquista.

De igual modo, el relato de las vicisitudes sufridas por los mexicas a lo largo de su peregrinación lleva al lector a contemplar el ascenso de un grupo de nómadas salvajes hasta convertirse en el imperio más grande y poderoso jamás visto en estas tierras. Más salvajes que civilizados, idólatras y asesinos (pues de todo esto los califica Orozco) los mexicas llegan a despertar nuestra simpatía por su estoicismo y tenacidad. Aquí, la lucha la sostienen contra ellos mismos y, poco a poco, van adelantando en el camino de la civilización. No obstante, conservaron y de hecho refinaron algunas de sus sangrientas prácticas religiosas, que se fueron expandiendo hasta hacerse comunes a la mayoría de los pueblos del valle, y construyeron un sistema de gobierno equiparable al despotismo oriental. Este anormal y aberrante triunfo de la barbarie, retroceso de la civilización, constituye la justificación de su derrota.

Una vez que los mexicas han fundado su imperio y establecido la triple alianza, la narración de las transformaciones da lugar a la narración de la continuidad. Los acontecimientos parecen repetirse, las guerras de conquista, casi siempre iguales, son producto de un mismo deseo (el tributo) y responden a los mismos pretextos (agresión contra los mercaderes, suspensión del pago de tributos). Victorias y derrotas así como sucesiones, alianzas y ceremonias son narradas con idénticas palabras. Las únicas diferencias son puestas por los numerosos pormenores y el carácter personal de los reyes. Es en este punto donde la trama comienza a cambiar. Aparecen los primeros indicios de fatalidad. Pero para poder explicar semejante tránsito, hay que ver primero el papel que desempeñan los diferentes personajes.

adelantados". *Ibidem*, t. III, p. 156. O bien: "Así se constituía la monarquía mexica, dando la tribu un paso avanzado en el camino de la civilización" (p. 153).

*Los héroes de la comedia*¹⁴

En un principio, los héroes de la narración de Orozco no son entidades individuales sino más bien colectivos abstractos. Se trata de tribus, pueblos y hasta naciones, divididos únicamente por su “estado de adelanto”, lo que permite organizarlos por medio de etiquetas: salvajes, bárbaros, semicivilizados, cultos, civilizados, etcétera. En consecuencia, el margen de acción de estos personajes es relativamente escaso, y de acuerdo con su etiqueta lucharán en favor del bando que les corresponde. Y, como vimos, sólo existen dos opciones: bárbaros versus civilizados. Si en algún momento aparece el nombre de un gobernante o caudillo, es sólo eso: un nombre.

Como actores del relato, los individuos llegan poco después cuando Orozco acumula mayor información. Sin embargo, siguen inscritos dentro de la misma trama del bien contra el mal. Se efectúa una gradual operación de traslado de características colectivas a individuos; por lo tanto, más que actores, los individuos que sobresalen son “representantes” de las fuerzas en conflicto. Este proceso es doblemente interesante si tomamos en cuenta que, para esta parte de la narración, Orozco se basa fundamentalmente en su propia lectura de los códigos, que pueden decir muchas cosas pero son mudos respecto de la personalidad y carácter de los individuos. En consecuencia, las atribuciones de cada personaje no constituyen hechos históricos provenientes de una fuente verificable sino que son resultado de la configuración previa que Orozco dio al campo histórico.

Ejemplos de lo anterior nos los proporcionan varios personajes. El primero, todavía preparatorio, es también el primero en orden cronológico: Aácatl, principal caudillo mexica a lo largo de la peregrinación. Él es la encarnación de la barbarie que campea sobre la

¹⁴ Utilizo el término “héroe” en el sentido que le da Northrop Frye: “En las ficciones literarias la trama consiste en que alguien hace algo. Ese alguien, si se trata de un individuo, es el héroe y ese algo que hace o deja de hacer es lo que puede hacer o podría haber hecho, a nivel de los postulados que acerca de él formulan el autor y la consiguiente expectativa del público”. Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*, 2a. edición, traducción de Edison Simons, Caracas, Monte Ávila, 1991, 500 p., p. 53. Frye se apoya en la capacidad de acción del héroe para elaborar una completa clasificación de los diversos tipos de ficciones literarias. Por mi parte, prescindo de esta función clasificatoria y amplío el término para cubrir tanto a individuos como a colectividades.

tribu. Al encontrar la primera representación del sacrificio humano, Orozco y Berra pregunta:

¿Aquel legislador y pontífice Aácatl fue el inventor de estas horribles ejecuciones, o son la manifestación de una práctica antigua? Nos inclinamos a creer que aquélla fue la vez primera en que se consumó el crimen, y cargamos sobre el feroz caudillo la responsabilidad de la abominable institución.¹⁵

Algunas páginas después, Orozco cuenta la historia de una fracción de la tribu que se negó a continuar la marcha, lo que les acarreó un tremendo castigo. La severidad de las penas impuestas a los sediciosos despierta la sospecha de Orozco:

A tremenda falta, tremendo castigo. En el cuidado de mantener al pueblo en la obediencia; de segregarle cuanto pudiera constituir un elemento contrario; de las penas aplicadas para llevar rígidamente adelante el pensamiento concebido, se distingue todavía la fuerte voluntad, *el ingenio sangriento y lúgubre del sacerdote legislador*: sin duda aún vivía Aácatl.¹⁶

Vemos pues a un personaje bastante negativo, único responsable del sacrificio humano y poseedor de un ingenio “sangriento y lúgubre”, pero todavía no aparece completamente definido. De hecho se trata de un cuasi personaje, que marca el inicio de la transformación de los personajes colectivos en individuales. Es decir, Aácatl ya es un individuo y representa el principio maligno o salvaje, pero carece de un antagonista individual que represente la fuerza opuesta y, además, es muy poco lo que Orozco dice sobre él: la tribu en su conjunto sigue guiando las acciones que forman el relato.

Por la parte chichimeca de la narración aparece Xólotl, quien marca no sólo el paso definitivo hacia los individuos como personajes sino el tránsito hacia la civilización:

[En 1232] murió Xólotl en Tenayocan. Aunque primer rey bárbaro, aparece amigo de la paz, de nobles sentimientos, inclinado a mejo-

¹⁵ Manuel Orozco, *op. cit.*, t. III, p. 66.

¹⁶ *Ibidem*, t. III, p. 71. Las cursivas son mías.

rar la condición de sus súbditos; estando al frente de tribus broncas y cazadoras, tuvo el buen instinto de respetar los restos de los pueblos civilizados, unirse a ellos y dejarlos prosperar en las delicias de la paz: si por apegado a sus costumbres no entró directamente en el movimiento civilizador, unió sus hijos y nietos a los habitantes de la tierra, mirando sin pena su gradual transformación. Lloráronle sus vasallos como a bueno [...]. Contando su reinado del año 1120 en que llegó a Xóloc fueron 112 años, uniendo la edad que antes contaba, no pueden ser menos de 180 a 200 años. Atendiendo a que estos mismos grandes periodos se señalan a los reyes chichimeca de Amaqueme, saldremos a la conclusión ya establecida: aquellos pueblos estaban acostumbrados a contar por dinastías o por individuos que llevaban el mismo nombre.¹⁷

El párrafo anterior resulta sumamente ilustrativo del tránsito ya mencionado. En efecto, Orozco realiza la descripción de cualidades y sentimientos de un solo personaje, pero concluye que se trataba de varios con el mismo nombre o de una dinastía. Conforme avanza la narración, los individuos se apoderan de la escena, ahora sí, como personajes perfectamente definidos, pero todavía alegóricos. Los ejemplos más claros son el malvado Tezozómoc y el inmejorable Nezahualcóyotl. Ahora las fuerzas se enfrentan en una nueva “evolución civilizadora”. Tezozómoc se vale de las prácticas más brutales para usurpar y conservar el trono de Texcoco: asesinatos, traición y guerra injustificada fueron sus recursos. Orozco lo define así:

flaco de cuerpo, por su ánimo robusto se supo imponer a cuantos le rodeaban; conjunto de muchos vicios y pocas virtudes, pasaba la medida del verdadero tirano: a no estar empapado en sangre y haber faltado siempre a la fe de caballero, sería figura grande en los pueblos del valle.¹⁸

La figura que sucede a Tezozómoc es su hijo Maxtla, igual o más desagradable que el padre, pues no poseía ni inteligencia ni capacidad de mando:

Usurpador del trono tepaneca, no borró sus crímenes por actos meritorios, sino que cargó la mano en propios y extraños haciéndose de

¹⁷ *Ibidem*, t. III, p. 97.

¹⁸ *Ibidem*, t. III, p. 183-184.

todos aborrecible; postró a medias a sus enemigos, sin saberlos acabar de rendir por largueza o benignidad; se enajenó el ánimo de las tribus aliadas de su padre; dejó en pie al representante del poder legítimo; nunca supo prever y puso remedios ineficaces y tardíos. Era un criminal de talla común.¹⁹

Finalmente, la lucha se resuelve en favor de la civilización: es el propio Nezahualcóyotl, sin duda alguna la figura indígena más admirada por Orozco, quien extrae con sus propias manos el corazón del usurpador. Sobre la vida de este personaje, Orozco entretiene una historia por demás edificante. La muerte de su padre, el virtuoso Ixtlilxóchitl,²⁰ lo empuja a un camino de aventura y astucia, que culmina con la merecida venganza y el premio a sus afanes. Dueño de las más altas virtudes, Nezahualcóyotl constituye el grado máximo de la civilización prehispánica. El panegírico que le dedica Orozco no podría ser menos elocuente:

Nezahualcóyotl es la figura más grande y amorosa de nuestra historia antigua. Tejer su cumplido elogio, sería repasar los hechos de su vida. Arrojado del trono de su padre, perseguido sin tregua por sus enemigos, tuvo sagacidad y presencia de ánimo para salir ileso de todos los peligros, burlando la astucia de los viejos con su inexperiencia de mancebo. Con suma diligencia y valor incontrastable reunió los elementos dispersos que en la adversidad le quedaron, los organizó y de tal manera los condujo, que le llevaron a recobrar la corona, y a tomar de sus contrarios cumplida venganza. Ya rey, reconquistó sus dominios, los ensanchó por las armas, los encarriló con mano firme por la vía del progreso. Compuso un código de leyes sabias y justas; instituyó tribunales para la recta y pronta administración de justicia; abrió escuelas y academias para difundir el saber en todos sus ramos; protegió las ciencias y las artes remunerando generosamente maestros y pedagogos. Construyó magníficos palacios, vastos jardines, multitud de obras de utilidad pública, procuró el bienestar de los súbditos

¹⁹ *Ibidem*, t. III, p. 195.

²⁰ La muerte de este personaje representa la caída por virtud. Dentro del plano del dramatismo, mientras más elevada sea la figura de la víctima, más despreciable será el crimen y justificable la venganza: "Así terminó el desdichado Ixtlilxóchitl; mancebo de prendas relevantes, fue confiado hasta el vicio, generoso hasta la imprevisión; vencedor de sus contrarios, el abuso de sus virtudes lo precipitaron del trono y borraron de la vida; a ser menos bueno con los malos, alcanzara alguna felicidad". *Ibidem*, t. III, p. 176.

honrando la agricultura, concediendo recompensas a las virtudes y al trabajo. Justiciero y clemente, compasivo con los menesterosos, generoso, inteligente; guerrero intrépido, filósofo, poeta, ingeniero, legislador, padre de su pueblo, llenó con su fama el mundo de Anáhuac, dejando a la posteridad una memoria hermosa, un tipo digno de imitación.²¹

Ningún otro personaje brillará tanto como Nezahualcóyotl, dibujado aquí como el perfecto monarca ilustrado. Su triunfo fue la victoria de la civilización y del progreso en el mundo prehispánico, llevando su desarrollo hasta donde le era posible llegar en vista de sus particulares características. Algo parecido ocurre con Moctezuma Ilhuicamina, quinto rey mexica, que gobernó en Tenochtitlan al mismo tiempo que Nezahualcóyotl lo hacía en Texcoco. Por regla general, cuando mueren, Orozco realiza un pequeño resumen valorativo de la actuación de cada personaje, mismo que resulta muy útil para aquilatar su peso en el relato. Antes de Moctezuma Ilhuicamina, los comentarios que Orozco dedica a los reyes mexicas son muy parcos, resaltando las “notables prendas” del rey en cuestión o sus hazañas guerreras, y poco más. Por ejemplo, Orozco dice sobre Hutzilíhuítl, segundo monarca de los mexicas: “Acrecentó la ciudad disputando la tierra a las aguas; supo atraer pobladores de las provincias comarcanas; estableció nuevas leyes, principalmente acerca del culto a los dioses [...]; hizo ejercitar a sus súbditos en el uso de las canoas [...]; mostróse en todo bueno y político gobernante”.²²

En el mismo sentido, nada nos dice Orozco sobre la participación de Chimalpopoca; y a Izcóatl le dedica una sola línea de su factura (“Este mismo año [1440] murió Itzcóatl llorado de los suyos”)²³ y el resto proviene de una cita de Clavijero. En cambio, los comentarios para Moctezuma I son cualitativa y cuantitativamente muy distintos:

Huehue Motecuhzoma Ilhuicamina es, sin disputa, el más grande de los reyes mexica. Comenzaron sus servicios cuando la tribu era esclava; ayudó eficazmente a hacerla libre; durante el reinado de Itzcóatl llevó

²¹ *Ibidem*, t. III, p. 293.

²² *Ibidem*, t. III, p. 174.

²³ *Ibidem*, t. III, p. 229.

por todo el valle las armas triunfantes de su pueblo, y subido al trono aun supo ensanchar los límites de su herencia, dejando al morir un imperio, extenso, poderoso y floreciente. [...] Motecuhzoma era esencialmente religioso. Reparó e hizo nuevo el templo de Huitzilopochtli; construyó *teocalli* a muchas otras divinidades, aumentó el número de los sacerdotes, inventó ritos y sacrificios antes de él desconocidos, introdujo un aparato inusitado en el culto, lo estableció en los países conquistados; propagó con repugnante lujo la víctima humana y por su influjo se hizo público en Acolhuacan aun repugnándolo el rey filósofo. Aparece que por instinto se proponía fundar la unidad civil y religiosa, dando los mismos dioses y un solo señor a todos los pueblos; en su lógica inflexible reunió en una sola persona al rey y al pontífice, dando una sola cabeza a la religión y al estado. Bajo este punto de vista, el emperador era dueño de la tierra, de la hacienda, de la vida y de la honra de sus súbditos; más era, porque era el representante de los dioses, un dios al que se le debía respeto, amor, adoración. Nació de aquí el más espantoso de los despotismos, igual sino superior al sufrido por los antiguos pueblos orientales [...] Motecuhzoma Ilhuicamina murió a los 71 años de edad y 29 de reinado. Valiente hasta la temeridad, supersticioso, cruel y despiadado en sus invenciones religiosas, enemigo de la embriaguez y de la holgazanería, sobrio, político profundo, sagaz administrador, con las prendas de un déspota benigno, se hizo amar de sus súbditos, temer de los extraños, respetar de sus aliados.²⁴

Esta larga cita nos permite ver no sólo el contradictorio carácter de un personaje sino la llegada al límite máximo de los pueblos prehispánicos. De ahora en adelante, la civilización indígena ya no progresará. Crecerán los imperios y las ciudades, aumentarán las riquezas y el poder, pero las organizaciones social, cultural y económica serán siempre las mismas. Este estancamiento, vicioso como todo lo que no progresa, aunado a un despotismo desenfrenado y a una sangrienta religiosidad, constituye para Orozco el origen de la tragedia. Abandonamos el reino de la Providencia para entrar en el reino del Destino, inevitable y generalmente fatal por definición. Las bases del imperio mexica se muestran tan endeble que bastó la audacia de un solo hombre y la ineptitud de otro para desmoronarlo. Pero todavía faltan algunos años dentro de la narración antes de la conquista, en donde ya no aparecerán el cambio y la transformación

²⁴ *Ibidem*, t. III, p. 289-290.

sino la continuidad. En esta parte los personajes son los reyes mexica (Axayácatl, Tízoc y Ahuízotl), hombres comunes, que se desenvuelven en la acción cotidiana de las intrigas palaciegas, las guerras por tributo, las alianzas, las ceremonias y los sacrificios.

En resumen, encontramos en la obra de Orozco un primer grupo de personajes indefinidos y colectivos, que representan las fuerzas enfrentadas de civilización y barbarie. Por medio de un segundo grupo transitorio, los personajes se van individualizando hasta llegar al tercer grupo, ya completamente diferenciado, de personajes que más que héroes son “encarnaciones” de los mismos principios en conflicto. Todo este proceso está comprendido dentro de una trama cómica, pues finalmente la civilización siempre triunfa y la sociedad en su conjunto se presenta mucho más “avanzada” y por lo tanto mejor que antes del enfrentamiento (se transita de las tribus nómadas hasta una monarquía imperial). Sin embargo, el desarrollo fue tal que acarrió su propio agotamiento. Al paralizarse el progreso, la suerte del imperio azteca y de todos los pueblos prehispánicos estaba echada. La comedia encierra en su interior una tragedia pero, como se mostrará más adelante, nunca deja de ser lo que esencialmente es, una historia de reconciliación de los opuestos.

Los héroes de la tragedia

Existen varias razones para pensar que Orozco y Berra concebía a la conquista de México como un conjunto de acontecimientos por lo menos en apariencia trágicos, contenidos en un proceso mayor —la Historia Universal— de características cómicas. En primer lugar, por nacionalismo, Orozco es partidario de los indígenas y, en consecuencia, ve en la conquista una agresión a la Patria, salvadas las proporciones. Por otra parte, la fatalidad intrínseca de la caída del imperio azteca es un elemento típicamente trágico, y los personajes que en él actúan nada pueden hacer para impedirlo o detenerlo. Así, las figuras más sobresalientes son, por supuesto, Moctezuma II y Hernán Cortés, que de nueva cuenta son “representantes”, pero mucho más detallados y enriquecidos, pues son sus acciones los principales ingredientes del relato. De hecho, toda la narración de la conquista es mucho más completa y minuciosa, ahora que Orozco cuenta con

abundantes testimonios españoles, además de los indígenas. Prueba de esto es que Orozco requirió 582 páginas para hablar de lo acaecido en tres años, ciertamente fecundos, y tan sólo 446 para todos los siglos de la historia antigua. Esto también es un buen indicio de la importancia que Orozco asigna a los acontecimientos. Pero de momento hay que fijar la atención en los personajes.

Desde el prólogo de su obra, Orozco y Berra anuncia su intención de lograr un punto intermedio entre las posturas tradicionales sobre la conquista: indigenismo e hispanismo. Tal parece que el camino elegido para este fin no fue intentar una visión verdaderamente dialógica del problema sino el reconocimiento de las virtudes y los defectos de ambos bandos. Al proceder de esta forma, Orozco creía liberarse de la subjetividad y hacer justicia a todas las partes.²⁵ Sin embargo, no pudo ocultar por completo sus simpatías y el resultado fue una extraña mezcla de alabanzas y críticas a cada personaje, que finalmente son catalogados en función del énfasis de los comentarios. Por ejemplo, aunque pueda parecer extraño, Orozco admira a Cortés y, en consecuencia, no existe un balance entre lo bueno y lo malo que de él enuncia. Así, pese a sus defectos aparentemente grandes, Cortés se presenta como muy superior a cuantos le rodean:

Según se muestra en el periodo que venimos examinando, [Cortés] era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; codicioso en demasía; lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar; falaz, cruel en muchos casos. Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme e inflexible; valor a toda prueba, recordando en sus empresas a los grandes paladines de la Mesa Redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar; ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército, compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas; más de una multitud de gente, muy

²⁵ Pese a estar las simpatías de Orozco del lado indígena, la narración de la conquista se compone principalmente de los hechos de los castellanos en estas tierras. Sin embargo, para mantener la objetividad, Orozco sigue utilizando la cronología indígena y titula todos los capítulos con los nombres de los reyes mexicas y texcocanos.

animosa, es verdad; pero ignorante, codiciosa, acostumbrada en las islas a la explicación [*sic*], indisciplinada y licenciosa.²⁶

El personaje de Cortés, visto desde la perspectiva de Northrop Frye, es un héroe del *mimético elevado* dentro de una trama de integración o cómica. Es decir, es un “jefe”, poseedor de autoridad, pasiones y poderes de expresión superiores a los del resto de los hombres, pero lo que hace está sujeto tanto al orden de la naturaleza (no puede hacer milagros) como a la crítica social. Según el propio Frye, este tipo de héroe es el que corresponde a la mayor parte de la épica y de la tragedia.²⁷ Se encuentra en una trama cómica porque mientras que en la tragedia tradicional observamos la caída de un jefe y su ulterior aislamiento de la sociedad en la que vive, en el caso de Cortés se efectúa precisamente el fenómeno contrario: el triunfo sobre todas las adversidades y el consiguiente reconocimiento social. Pese a todo, Cortés no es perfecto y Orozco refuta las opiniones que tienden a mitificarlo.²⁸

En este punto se presenta una pregunta ineludible: ¿cómo se puede estar en favor de la causa indígena y ser al mismo tiempo admirador de Cortés? La respuesta es más simple de lo que parece porque, para Orozco, Cortés representa una civilización mucho más avanzada que la prehispánica. Esta última puede ser interesante y, en algunos casos, admirable: la titánica y final defensa de la patria despierta en Orozco la simpatía por el mermado y valeroso pueblo azteca, pero no lo hace modificar sus nociones de progreso.

²⁶ *Ibidem*, t. IV, p. 73.

²⁷ Northrop Frye, *op. cit.*, p. 54.

²⁸ Un buen ejemplo de esto se da cuando Orozco se ve obligado a señalar la responsabilidad de Cortés en el asesinato de los nobles que mantenía cautivos, entre ellos Moctezuma. De cualquier forma, Orozco parece lamentar semejante acusación y procura disculparse aportando todas las pruebas posibles. El párrafo es interesante pues muestra algo de la visión de la historia de su autor: “Al asentar que don Hernando Cortés mandó dar muerte a los nobles que en su poder tenía y entre ellos a Montecuhzoma, sabemos que lanzamos un tremendo cargo contra la memoria del conquistador. Hemos meditado con calma; no nos mueve odio, sino convencimiento. No lo inventamos; no somos los primeros en decirlo; la cuestión se viene debatiendo desde los testigos presenciales de la conquista. Comprendemos que cuestiones como ésta se convierten en asunto de nacionalidad [...]. Nosotros llevamos en las venas la sangre de los vencidos y de los vencedores; vivimos en tiempos lejanos de los sucesos; no tenemos relaciones próximas ningunas, ya con el antiguo pueblo azteca, ya con la colonia española; no pretendemos acariciar los pasados recuerdos históricos de los pueblos primitivos ni tenemos temor o miramiento por las autoridades coloniales; podemos, pues, ser justos y discutir con calma: busquemos la verdad”. Manuel Orozco, *op. cit.*, t. IV, p. 377-378, nota 36.

Ahora bien, la figura antagónica de Cortés es Moctezuma II. Este personaje se nos presenta como la antítesis del valor y la inteligencia. Prácticamente todas sus acciones son producto de la cobardía, la superstición o sencillamente de la estupidez. Es gracias a él que los ya mencionados defectos de la sociedad mexicana llegan a su punto culminante y, por lo tanto, la destrucción total y la derrota resultan sobradamente merecidas. Sin embargo, la primera presentación de Moctezuma II no resulta tan negativa como podría esperarse:

Grave, reposado, por maravilla se le oía hablar, y cuando en el consejo soltaba la voz, su parecer, era cuerdo y atinado. Su carácter debía constar de los elementos constitutivos del guerrero y del *tlamacazqui*. Justiciero, inflexible en sus determinaciones, incapaz de sufrir contradicción; amigo del orden y de la limpieza; gran recompensador de los servicios civiles y militares, enemigo del ocio, perseguidor constante de la vagancia y la flojera, severo y cruel haciendo cumplir sus mandatos. Tan buenas prendas, que le hubieran hecho un gran rey, estaban mezcladas con un orgullo fuera de medida y una superstición ciega y brutal.²⁹

Una vez terminada esta concesión a la imparcialidad, Orozco dibuja a Moctezuma II con los más oscuros colores. Nunca más se presentará un comentario positivo, y las críticas arrearán con singular denuedo. Por contraste, la figura de Cortés superará por mucho a la de su adversario. Veamos algunos ejemplos de la paulatina degradación de Moctezuma:

Para aquellas circunstancias difíciles, ninguno menos a propósito que el malhadado Motecuhzoma [...]. Al subir al trono se entregó a la guerra, mostrando el ánimo belicoso de sus mayores, desplegando algunas virtudes que le hicieron amado de sus súbditos; desvanecido pronto al estar en lo muy alto, hizo a un lado su fingida humildad, y tanto y tanto soñó grande, que se figuró hombrear con los dioses. Cambió su gobierno por el más absurdo de los despotismos; convirtió la justicia en los antojos caprichosos y desordenados de su espíritu receloso [...]. Se entregó a las prácticas religiosas con fervor ascético; el culto absorbió sus pensamientos; se entregó a una superstición absurda, pueril, estúpida [...]. Sin voluntad firme, pasaba de la angustia de la flaca mujer que llora y gime, a la ciega confianza del insensato. Era un menguado.

²⁹ *Ibidem*, t. III, p. 371.

[...] Ante los embates de la fortuna se doblegó como frágil caña; ante las desgracias quedó fascinado como el pájaro ante la boca de la serpiente; el orgulloso, el omnipotente, el dios, perdió la energía, bajóse él mismo de su alta dignidad, tornándose débil, cobarde y aun villano.³⁰

Además de todo, Moctezuma supo ganarse la enemistad tanto de los pueblos que mantenía sometidos como de sus aliados. El despotismo de que hacía gala el imperio mexica encontró su sublimación en un solo hombre, tal como si Orozco buscara la absolución histórica de todo un pueblo pasándole la factura a su emperador. Dicho de otro modo, para Orozco la derrota de los mexicas (que acreó la de todos los pueblos indígenas) estaba escrita de antemano debido a las características de su civilización, pero Moctezuma la aceleró hasta tal grado que, a veces, da la impresión de ser el único responsable.

Como resultado del cúmulo de acciones de ambos personajes, la trama se presenta profundamente fatalista. Por un lado el conquistador victorioso que supo aprovechar todas las oportunidades, pero que nada habría logrado sin la ineptitud de su adversario. Por el otro, un pueblo valeroso y guerrero pero condenado por el inflexible destino. Pero la tensión narrativa lograda por Orozco es mucho más compleja. Tras la muerte de Moctezuma, los acontecimientos se precipitan y la guerra es inevitable. Aparece entonces la figura de Cuauhtémoc, último emperador mexica, poseedor de todas las virtudes ausentes en Moctezuma:

Desmoronábase el imperio por la traición de sus hijos y la espada del conquistador; subir entonces a rey no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaban la destrucción y la muerte. El joven patricio [Cuauhtémoc], amante del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabía su destino al aceptar el mando. Fue el primero que se rebeló contra el embrutecido Motecuhzoma, el primero que alzó la voz y la mano para

³⁰ *Ibidem*, t. III, p. 445-446. El párrafo citado es una condensación de página y media de denuestos dedicados a Moctezuma II. Comentarios de este tipo se presentan prácticamente cada vez que se menciona a Moctezuma; por ejemplo, hablando de la época inmediata a la matanza de Cholula, Orozco escribe: "Durante aquel tiempo la conducta de Motecuhzoma fue la del más imbécil idiota", t. IV, p. 224. Sobre este punto véanse también las páginas 114, 126, 140, 167, 174, 189, 214, 272, 289 y 381 del mismo tomo.

escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto a pelear hasta el último trance. La peste diezma la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba; los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos.³¹

De esta forma se presenta un aparente equilibrio de fuerzas y el derrumbe de la imparcialidad de Orozco. Dentro del plano de la trama se abre la ilusión de un posible triunfo azteca, situación verdaderamente excepcional en virtud de que todos conocemos el resultado de la conquista. En efecto, aunque la narración sigue inclinada del lado de los españoles (lo que se explica por la naturaleza de las fuentes), las pocas victorias alcanzadas por los aztecas son lo más significativo del relato, resaltando el valor de los guerreros y los daños infringidos a sus enemigos. Es más, Orozco llega a afirmar que los aztecas perdieron una “bella ocasión” cuando estuvieron a punto de capturar a Cortés, sin conseguirlo debido a su nefanda costumbre de buscar cautivos para el sacrificio en vez de matar a los enemigos en combate. Pese a todo, el destino de los aztecas era tan inevitable que la propia muerte de Cortés sólo habría logrado aplazarlo.³²

Asimismo Orozco procura destacar en esta parte la importancia que tuvieron los pueblos que ayudaron a los españoles, sin los cuales otro habría sido el desenlace.³³ Es notable el hecho, que perfectamente puede ser visto como un error, de que Orozco califique a estos aliados como “traidores” de la causa nacional, aunque aparentemente comprenda muy bien los motivos que los llevaron a luchar al lado de los extranjeros. En mi opinión difícilmente puede haber una “causa nacional” en donde no existe una nación, pero el patriotismo de Orozco es absolutamente ahistórico: “Todos aquellos pueblos, cegados por el odio y por efímeras ofertas, desertaron de la causa de la patria para pasarse al extranjero, sin comprender que bajo los escombros de la triple alianza quedarían sepultadas las nacionali-

³¹ *Ibidem*, t. IV, p. 426.

³² *Ibidem*, t. IV, p. 468.

³³ Dice Orozco: “Los escritores españoles suprimen o mencionan como de paso los servicios de los aliados, mientras por el contrario los cronistas nacionales les atribuyen suma importancia; ambas cosas son naturales, haciéndonos entender un sano criterio que los indios llevaban todo el peso de la guerra en las marchas y en los combates, quedando el lucimiento y los provechos en los blancos”. *Ibidem*, t. IV, p. 446.

UNAM - IIH

dades indígenas. Después de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador”.³⁴ Así se manifiesta un rasgo más de la fatalidad de la conquista, pues la culpa de semejantes defecciones recae en el despotismo azteca, procedente de mucho tiempo atrás y exacerbado con Moctezuma II. Esto último es suficiente explicación para Orozco, pero no constituye una justificación y, por lo tanto, la conducta de dichos pueblos siempre se mostrará como reprochable. En el siguiente apartado se examinará con más detalle la función de la fatalidad dentro de la trama.

Fatalidad y providencia

Aproximadamente a la mitad del tomo III aparece por primera vez una referencia que bien puede ser calificada de fatalista. Se presenta mucho antes de la conquista, pero guarda una estrecha relación con ella. De hecho todo lo que pueda ser considerado fatalista en la obra de Orozco es sólo en función de la conquista. En este caso se trata de una pequeña reflexión sobre el comportamiento de las tribus vecinas de Tenochtitlan y la organización social producto de las guerras de expansión mexicas. En consonancia con la trama cómica correspondiente a esta parte, las conquistas aztecas se muestran como reconciliaciones provisionales de las fuerzas en conflicto, que dan como resultado el engrandecimiento de su imperio, la forma más “civilizada” de organización social de su tiempo. Pero es precisamente en su carácter provisorio en donde se encuentra el germen de la tragedia:

Llama profundamente la atención el aislamiento político, así de las tribus como de las fracciones de la misma raza. El peligro común no era parte para reunirlos; caían unas tras otras bajo el *macuahitli* de los mexica, indiferentes e impasibles al estrago ajeno, fiando su salvación en las propias fuerzas, sin ocurrirles unirse contra el conquistador [...]. Era la apática indolencia llevada a su último extremo; el odio de raza, convertido en la insensata venganza que prefiere la ruina del enemigo, aun cuando su pérdida arrastre el propio daño; el apartamiento egoísta no movido sino por el sufrimiento personal. Estos bastardos sentimientos facilitaron las conquistas de los mexica; por desdicha,

³⁴ *Ibidem*, t. IV, p. 401

cuando aquellos pueblos venían a incorporarse al imperio traían sus elementos repulsivos entre sí, disolventes en el conjunto, inoculaban el cuerpo social y *predispónían la ruina que con el tiempo sobrevendría a vencidos y vencedores*.³⁵

Orozco regresa varias veces sobre este tema, aumentando al despotismo y la desunión, las creencias religiosas y la desigualdad social.³⁶ Sin embargo, pese a la gran importancia de estos factores, la verdadera causa de la conquista se encuentra en los inflexibles designios de la Providencia:

De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban los empujaba a los pies del invasor. La creencia de Quetzalcóatl, venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos a los sectarios de aquella antigua fe. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados a sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido!³⁷

En el capítulo anterior vimos la función que desempeña la Providencia dentro de la argumentación formal de la obra de Orozco. Se trata del conjunto de los designios divinos que rigen la interminable marcha de la humanidad hacia el progreso y la civilización. Esta constante superación de las sociedades humanas hace que Orozco comprenda al proceso histórico en su conjunto de manera muy optimista, pues aunque el proceso sea irregular e inacabado permite mantener la esperanza de que el presente siempre será mejor que el

³⁵ *Ibidem*, t. III, p. 215. Las cursivas son mías. Comentarios muy similares sobre la desunión de los elementos del imperio como causa de la futura ruina se encuentran en la p. 381.

³⁶ Sobre las creencias religiosas, Orozco afirma: "Con semejantes convicciones [el mito de Quetzalcóatl], aquellos pueblos supersticiosos estaban ya vencidos; ni qué ánimo pudiera quedarles para defenderse teniendo que combatir contra divinidades armadas del rayo y contra la inexorable sentencia de los hados. Fue preciso que los castellanos cargaran la mano en los excesos, dando rienda suelta a las malas pasiones, para que llegaran a perder su prestigio divino". *Ibidem*, t. III, p. 444. Acerca de la desigualdad social en la época de Moctezuma II: "Igualado el monarca con las divinidades, los súbditos habían descendido hasta parias; al ensancharse la distancia intermedia entre ambos, se abrió el abismo inmenso en que todos perecieron", p. 398. No creo necesario resaltar el tono de fatalismo empleado por Orozco.

³⁷ *Ibidem*, t. IV, p. 83.

UNAM - IHH

pasado. Al formular esta perspectiva como una trama, el resultado es una comedia con todas sus cualidades menos el humor.³⁸ No obstante, la posición de Orozco cuando escribe (nacionalismo, orgullo patrio, simpatía, etcétera) lo acerca a los vencidos, logrando contemplar todo el potencial trágico de la conquista. La Providencia, pues, se trastoca en fatal destino.

Sin embargo, esta parte de la historia sólo es “aparentemente” trágica. En otras palabras, la conquista de México, al igual que la historia de los pueblos indígenas, es un componente integral del proceso mayor de la Historia Universal. Si se la contempla de manera aislada puede parecer una tragedia, pero no lo es. El final de la obra es totalmente claro en este sentido. Aparece la reconciliación final, pero separada de la trama y del relato de los acontecimientos porque, en realidad, los personajes jamás se reconciliaron. No obstante, los comentarios de Orozco en las conclusiones pueden suplir perfectamente a las ocasiones festivas propias del final de una comedia:

Dícese que la guerra es un mal necesario; dejamos la controversia a quien quiera dirimirla. La verdad es que, frecuentemente después de levantado el tremendo azote, seca la sangre que halagó la tierra, enjugadas las lágrimas, olvidados un tanto los dolores, renacen la tranquilidad y el consuelo, y la Santa Providencia sabe sacar del espantoso cataclismo enseñanzas y adelantos para la humanidad. ¿Debemos colocar la conquista de México en este caso privilegiado? ¿El inmenso cúmulo de desdichas sufridas por los pueblos de América trajeron algún provecho para la civilización? Nos apresuramos a responder afirmativamente.³⁹

Y no sólo se presenta una ocasión festiva, también es posible ver que la condición de la sociedad, en este caso de toda la humanidad, es mejor, más pura y saludable que antes del enfrentamiento:

La familia humana estaba dividida en dos grandes fracciones, separadas, desconocidas una de la otra, sin comunicación ni trato; crecían y se desarrollaban, caminando por senderos distintos al término lejano

³⁸ En sentido estrictamente rigorista una comedia sin sentido del humor es un melodrama, pero el término se ha desvirtuado tanto que prefiero no utilizarlo.

³⁹ *Ibidem*, t. IV, p. 578.

del progreso; la conquista las fundió en una sola turquesa, produjo la unidad en la pluralidad, hizo un solo cuerpo del género humano, obligándole a seguir el mismo camino hacia la perfección indefinida, jamás infinita.⁴⁰

Como resultado de la conquista, Orozco encuentra solamente beneficios sin cuento, máxime tratándose de la religión:

Cualquiera de las religiones en que se suprime tal barbarie [el sacrificio humano], es más humana y apetecible que ésta. Borrarla de la faz de la tierra fue un inmenso beneficio; sustituirla con el cristianismo, fue avanzar una inmensa distancia en el camino de la civilización. Esta conclusión es para nosotros axiomática, evidente, clara como la luz meridiana.⁴¹

Lo único que Orozco lamenta es la pérdida irreparable de algunas de las artes, las ciencias y la historia de los pueblos indígenas, pues hubieran podido enriquecer el patrimonio de la humanidad. Pero el tono que utiliza es sereno, dejando entender que fueron más los beneficios que las pérdidas. Finalmente, al discutir el absurdo problema acerca de la conveniencia de que otra nación, y no los castellanos, llevara a cabo la conquista, Orozco pone fin a la disputa y a su obra con las siguientes palabras: “Los hechos consumados se prestan a la explicación, pero no a la réplica; lo que fue, fue, sin que logre torcerle o borrarle ningún género de argumentaciones. Los castellanos conquistaron ambas Américas y su conquista trajo bienes para el adelanto progresivo de la humanidad”.⁴²

Explicación por implicación ideológica

Las anteriores reflexiones sobre la trama me permiten integrar aquí la última parte del presente análisis. Me refiero a la explicación por implicación ideológica que, de acuerdo con Hayden White, al combinarse con la explicaciones por argumentación y por la trama,

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Ibidem*, t. IV, p. 579.

⁴² *Ibidem*, p. 582.

UNAM - IHH

forman el “estilo historiográfico” de un historiador o filósofo de la historia. Veamos en qué consiste.

White utiliza, aunque modificándolas ampliamente, las teorías de Karl Mannheim para hablar del “elemento ético” presente en una obra histórica determinada, a través de sus componentes ideológicos. En resumen, Mannheim identifica cuatro posiciones ideológicas básicas a lo largo del siglo XIX: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo. Es posible identificarlas y diferenciarlas en virtud de la posición temporal en que sitúan el ideal utópico al que tiende o se dirige el proceso histórico en su conjunto y, por lo tanto, al ritmo y deseabilidad de los cambios en el *statu quo* establecido. Por ejemplo, el liberalismo coloca al ideal utópico en un futuro remoto, de tal manera que su realización no pueda efectuarse por medios radicales o violentos en el presente. Para el liberalismo los cambios en la estructura social deben efectuarse paulatinamente (por medio de debates parlamentarios, procesos educativos o contiendas electorales), respetando las leyes de gobierno establecidas.

Es muy importante señalar que las cuatro posturas básicas arriba enunciadas sirven “para designar preferencias ideológicas generales y no como emblema de partidos políticos específicos”.⁴³ Es por eso que Manuel Orozco y Berra en términos políticos siempre ha sido considerado un liberal moderado (lo que le permitió trabajar sin demasiados problemas para Juárez, Maximiliano y Porfirio Díaz), aunque las implicaciones ideológicas de su obra sean esencialmente conservadoras. ¿Pero qué significa esto?

Siempre siguiendo a Mannheim, White nos dice que: “los conservadores tienden a imaginar la evolución histórica como una elaboración progresiva de la estructura institucional que prevalece actualmente, estructura que consideran como una ‘utopía’ — es decir, la mejor forma de sociedad que se puede esperar o a la que se puede legítimamente aspirar “con realismo” por el momento”.⁴⁴

A lo largo de la obra de Orozco resulta claro que, pese a que la perfección social se presente como inalcanzable, su propia época es considerada el paradigma del adelanto, por lo menos en lo referente a la cultura occidental.⁴⁵ Prueba de ello es que la civilización azteca

⁴³ Hayden White, *op. cit.*, p. 33.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 34.

⁴⁵ *Vid. supra* el primer capítulo.

debió sucumbir en aras del proceso civilizatorio que culmina, provisionalmente, en el presente de su historiador. Una prueba más tangible, aunque posiblemente menos contundente, aparece en la obra de Orozco cuando se refiere a Nezahualcóyotl. Recordará el lector el ya citado párrafo elogioso de las virtudes de dicho monarca. Pues bien, pese a tanta grandeza de carácter, Orozco afirma inmediatamente después: “Hiperbólicos parecerán estos elogios, apasionadas las alabanzas, supuesto que, según el vulgo, se trata de un rey bárbaro. No es justa la observación. *Trasladada la figura a nuestros tiempos, saldría de la tabla común; gigante fue para su siglo entre los pueblos semicivilizados que le rodeaban*”.⁴⁶

Esta breve cita nos muestra claramente la posición de Orozco respecto de su propio tiempo. Sin embargo, de acuerdo con White, no es necesario que las implicaciones ideológicas se presenten de manera explícita en el propio relato histórico para poder identificarlas, “sino que serán identificables por el *tono* o la *actitud* en que están expresadas la resolución del drama y la epifanía de la ley que manifiesta”.⁴⁷

En este sentido, la obra de Orozco presenta una trama cómica y una argumentación organicista, de cuya combinación resulta una implicación ideológica específicamente conservadora (nuevamente se cumple la “afinidad” de los modos posibles de articulación). Una combinación extraordinariamente similar se presenta, según White, en la obra de Ranke. Las siguientes palabras destinadas por White al autor de la *Historia de los papas* pueden ser aplicadas, de acuerdo con mi investigación, punto por punto a la obra de Orozco y Berra:

Las “formas” que Ranke discernía en el campo histórico supuestamente existían en el tipo de condición armoniosa que convencionalmente aparece al final de una comedia. El lector queda contemplando la coherencia del campo histórico, considerado como una estructura *completa* de “ideas” (es decir, instituciones y valores), y con el tipo de sentimiento causado en el público de un drama que ha alcanzado una resolución por completo cómica de todos los conflictos *aparentemente* trágicos que había en él. El tono de voz es acomodaticio, la actitud es optimista, y las implicaciones ideológicas son conservadoras, en la

⁴⁶ Manuel Orozco, *op. cit.*, t. III, p. 293. Las cursivas son mías.

⁴⁷ Hayden White, *op. cit.*, p. 37.

medida que legítimamente se puede concluir, de una historia así interpretada, que vivimos en el mejor de los mundos históricos posibles, o al menos en el mejor que se puede esperar “con realismo”, en vista de la naturaleza del proceso histórico según se revela en el relato que Ranke da de él.⁴⁸

No creo necesario insistir más sobre este punto. La articulación de la trama, tal como vimos en el apartado anterior, justifica plenamente una implicación ideológica conservadora. La conquista para Orozco fue un conflicto sólo en apariencia trágico y cuya resolución cómica contribuyó a la formación de un presente mejor.

Por otra parte, la marcada insistencia a lo largo de la obra sobre el asunto de los “traidores” me lleva a suponer que Orozco trasladó al pasado el estado de cosas que él suscribía como más válido, es decir, el ideal de un Estado-nación que brinda a sus miembros un sentido auténtico de pertenencia.

⁴⁸ *Idem.*